

Testimonios de vida en el teatro

# TUC

## 50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

### Capítulo 15



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA  
DEL PERÚ

*Testimonios de vida en el teatro.*

*TUC 50 años*

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y  
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,  
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.



# La mejor herencia

22-123

Yo no tenía intención de estudiar teatro. Me gustó, sí, desde el colegio, donde participaba en todas las veladas en las que se incluía la escenificación de un cuento o un pasaje histórico. Pero dejó de interesarme la víspera de una presentación cuando, sin mediar explicación alguna, le dieron mi papel a otra alumna. Con mis ocho años, me las ingenié para averiguar las razones de mi separación, y me enteré de que los padres habían presionado para que su engréida pudiera demostrar sus habilidades histriónicas en la clausura de ese año escolar y tuvieran una razón para aplaudirla.

Pero, como el mundo da vueltas aunque no lo queramos, en menos de diez años estaba parada sobre un escenario, dando mi prueba de ingreso al TUC ante Ricardo Blume, Silvio de Ferrari, Jorge Chiarella y algunos más que en ese momento me parecieron como treinta. Afuera, otros compañeros míos de la Escuela de Periodismo esperaban su turno, no sé si tan nerviosos como estaba yo esa noche.

Habíamos ido en «mancha» a tentar suerte en las tablas, embriagados por nuestro nuevo status universitario. De los cinco de la «manchita», ingresamos cuatro. Parados frente a la tablilla de resultados expuesta en el patio del TUC, nos miramos primero con cara de incrédulos para después, impulsados por nuestra

autoestima disparada al cielo, dar rienda suelta a la euforia con un grito que hizo salir corriendo al buen Heraclio.

El maestro Blume entró a nuestra primera clase con una sonrisa amable que nos quitó muy pronto el miedo que traíamos encima. Estaba acompañado de su asistente Jorge Chiarella, quien tiempo después me confesó que en el examen de admisión me había desaprobado en la prueba de oído y ritmo. ¡Claro! ¡Cómo no! Si con armónica en boca, un instrumento que a mis diecisiete años no había escuchado nunca tocar con tal destreza, interpretó un par de frases musicales nada menos que de la *Tercera Sinfonía* de Beethoven, pretendiendo que a simples golpes de mesa yo las repitiera. ¡Imposible! Este pata está loco —pensé— y lamentablemente desnaturalicé la hermosa composición. Pero Jorge me dio una chance y después de recomendarme que «escuchara bien», volvió a repetir a Beethoven con su armónica, sin saber aún que ante tales situaciones yo me relajo y sonrío sin desgastarme en un nuevo intento. En ese mismo instante lo descarté de mi lista de simpatizantes. Pero, como el mundo da vueltas aunque no lo queramos, en menos de cuatro años me casé con el armonicista.

El tiempo de estudiante en el TUC lo viví llena de entusiasmo. Las clases de maquillaje, esgrima, ex-





50 ANOS TUC  
UNITEATRO  
1964-2014

Celeste Viale es directora, actriz y educadora. En la actualidad dirige conjuntamente con su esposo, el director Jorge Chiarella, el Centro de Difusión Cultural Aranwa.

presión corporal y voz cautivaban plenamente mi atención, pero las de actuación, sencillamente me apasionaban. Al inicio trabajamos con textos clásicos, para irnos acercando poco a poco a los autores más contemporáneos. Solo con dos o tres textos cortos el maestro Blume nos exprimía intentando sacar lo mejor de nosotros.

Al iniciar el tercer año, el maestro llegó con un texto absurdo. Recuerdo apenas las palabras iniciales,

«dogo, dogo, daga daga», y con él entramos a través de improvisaciones a una etapa de exploración de nuevas formas de expresión teatral sobre el escenario, tratando de explotar al máximo nuestro cuerpo y voz ya más entrenados. Estábamos fascinados con el reto y sospechábamos que en la muestra final íbamos a sorprender a más de uno. Pero ese día nunca llegó, porque Ricardo tuvo que dejar el TUC y nadie más que los cuatro o cinco alumnos que éramos entonces



## CELESTE VIALE

en ese ciclo, pudo reparar en lo que se estaba «cociando» con ese trabajo. El maestro había empezado a incorporar componentes de las nuevas tendencias teatrales.

### Nunca más daga, daga, dogo, dogo...

La despedida de Ricardo y los meses siguientes los vivimos —los alumnos— con pena y desazón. El maestro había calado muy hondo, no solo en nuestra formación, sino en nuestras vidas. El desconcierto se apoderó de nosotros. Aún no éramos miembros del TUC, no podíamos ni asistir a las asambleas y menos tomar decisiones, de modo que solo quedaba salir corriendo o esperar disciplinadamente las instruccio-

nes de quienes se hicieran cargo del timón. Elegimos lo segundo y pudimos culminar nuestro tercer año. Los antiguos miembros del TUC fueron asumiendo los nuevos montajes acondicionando, para cada caso, nuestra atesorada salita con capacidad para no más de setenta personas.

Curiosamente, salvo la ocasión en que, con motivo de la inauguración del Centro Cultural de la PUCP, se presentó el espectáculo *Infame turba*, nunca actué con el TUC después de egresar.

Mi debut como actriz llegó cuando, siendo aún estudiante del primer año, se me invitó a participar en remplazo de Carmen Aguilar en el brevísimo papel de Colombina en la obra *La sentencia*, de Sarina Helfgott, dentro del ciclo «teatro íntimo». Al año siguiente, interpreté a la bailarina Nora Rodrigova en la obra



*El centroforward murió al amanecer*, de Agustín Cuzzani. En esta imagen de 1968 podemos ver a los actores Jorge Chiarella, Celeste Viale, Arturo Nolte, Luis Peirano y Roberto Cores.



“El tiempo en el TUC lo viví llena de entusiasmo. Las clases de maquillaje, esgrima, expresión corporal y voz me cautivaban”.



Jorge Chiarella, Celeste Viale y Gustavo Bueno (2011).

*El centroforward murió al amanecer*, de Agustín Cuzani, estrenada en el teatro La Cabaña en el año 1968 bajo la dirección de Ricardo Blume, obra con la cual participamos en el Primer Festival de Teatro Universitario realizado en Manizales, Colombia. No hubo más. Al poco tiempo de terminar mis estudios, me invitaron a formar parte del grupo TELBA de Barranco y me encargaron la dirección de los montajes para niños. Allí me quedé diez años. Luego formamos el grupo Alondra, hicimos giras, tuve hijos, escribí dos obras, seguí actuando, viajando, estudiando, enseñando.

Casi treinta años después, me invitaron a dirigir la Escuela del TUC.

Con Violeta Cáceres y Alberto Ísola elaboramos la nueva currícula, acompañados de un excelente plantel de profesores, en su mayoría ex alumnos del TUC. Diseñamos el plan de actividades, los presupuestos, las pruebas de admisión, la convocatoria, insistimos con las autoridades universitarias —sin convencer a algunos, por cierto— sobre el significado de la formación artística profesional en una

«universidad de la excelencia». Acondicionamos los espacios y nos dispusimos a darle la bienvenida al campus a los nuevos alumnos, que luego de cuatro años deberían egresar como actores con excelente formación, no solo en la técnica de la actuación, sino en el análisis y la reflexión, en la responsabilidad, la disciplina, los valores, el compromiso por el teatro, en la humildad y tolerancia, en el amor por su institución.

Quizá el logro más gratificante de esa gestión fue el haber conseguido que todos los alumnos del TUC sin excepción, una vez finalizados sus estudios teatrales, pudieran acceder a un bachillerato PUCP, que en un principio había sido planteado solo para los egresados de las escuelas nacionales de formación artística.

Incalculable ha sido lo que nos enseñó el maestro Blume y los demás maestros que él formó. Profesores y compañeros que con esfuerzo y persistencia, en un medio estrecho y difícil, salvaguardan el sello de calidad TUC y conservan la amistad que madura y se enriquece con el tiempo.